Escrito por: Anonymous

Resumen:

A los cuarenta y cinco años, busca un profesor de piano y cuando lo encuentra, este la seduce para luego compartirla con un amigo y más tarde con su propia mujer

Relato:

ROSA

A los cuarenta y cinco años, Rosa lleva una vida que si bien no es retraída, le es por lo menos, aburrida.

No es que sus hijas la hayan dejado de lado pero se encuentran en esa edad en la que, si uno no termina de consolidarse económica y profesionalmente, pierde el último tren y, por supuesto, no están decididas a dejarlo pasar.

Cada uno está metido en el mundo que ha elegido y como ella hiciera a su edad, cada minuto libre lo dedican a su casa. Ella las comprende y ama como nunca antes, pero eso no termina de solucionar su problema de soledad. Su marido, que en paz descansa, hace cinco años que partió, dejando un vacío que a lo largo del tiempo fue cobrando distintas características que a su vez modificaron su conducta.

Tal vez porque su enfermedad fuera corta pero penosa, exigiéndole a ella una atención que llegó a hartarla por su dedicación exclusiva durante las veinticuatro horas del día, a tal punto que su subconsciente la traicionara frecuentemente al encontrarse pidiendo porque muriera de una vez, su ausencia definitiva significó una liberación; por fin, después de treinta años, iba a poder hacer lo que le viniera en ganas a cualquier hora de cualquier día.

Como todos, amigos y parientes esperaban la muerte de Luís, la tranquilidad con que ella enfrentó la viudez no les fue extraña y de esa manera, paulatinamente, dispuso de las horas del día y luego también de la noche para disfrutar de su libertad.

Después de agotar las distintas alternativas que le ofrecía la ciudad y que sólo sirvieron para confirmarle in situ lo que conocía de oídas, el misterio de la vida nocturna llamó su atención y así fue conociendo lugares que ni siquiera en compañía de su marido se hubiera atrevido frecuentar.

De los teatros de revistas pasó a conocer los cabarets, night clubs, boliches, pubs o como la moda los denominara, se dedicó a catalogar esos lugares, siempre en su calidad de observadora de las costumbres y hábitos de esos personajes y en esa línea de pensamiento, terminó por meterse en ese submundo casi exclusivamente masculino de los boliches en los que las coperas, acompañantes o "escorts", como se les dice actualmente, ponen el hombro y generalmente toda su anatomía para el consuelo de la clientela.

Todas las miserias de esas personas terminaron por abrumarla de tal modo que volvió a recluirse en su casa y nuevamente, trató de hallar distracción en el teclado de su antiguo piano pero, quizás debido a su exigencia personal o porque realmente tantos años sin hacerlo habían anquilosado sus articulaciones, no lograba la fluidez necesaria para interpretar las piezas que se obligaba a interpretar. Esa aparente afición era una evasión para no enfrentar algo que desde poco después de fallecer su marido comenzara a habitar su cuerpo y que resultaba en un necesidad histérica de satisfacerse sexualmente, cosa que a su edad hacía rato consideraba irremisiblemente olvidada pero que su frecuente concurrencia a los sitios nocturnos había no sólo reavivado sino también intensificado por su conocimiento de hábitos sexuales desconocidos, como por ejemplo; la bisexualidad de algunas de aquellas mujeres quienes le confiaran con absoluta franqueza las depravaciones y perversidades de que eran capaces y por cuya recomendación había enriquecido su panorama sexual mediante el alquiler de películas pornográficas que en vida de su esposo se resistiera enfáticamente a mirar.

Todo ese revoltijo de imágenes y relatos rondándole los pensamientos, no sólo contribuía a mantenerla excitada como nunca en los últimos diez años sino que hasta la condujeron a la exploración de su cuerpo que la gimnasia mantenía, sino lozano, con la firmeza de sus carnes y sin demasiadas arrugas o flojedades y, como no lo hiciera en su juventud porque se decía que era pecado, encontró la anhelada satisfacción por medio de la masturbación, aunque después de conseguirla, un regusto amargo le quedaba en la boca y se sentía llena de culpa por su incontinencia desbocada. Esa soledad y un infrecuente picor que se había instalado en lo más hondo de sus entrañas la mantenían en permanente vilo. Decidida a terminar con aquello, se propuso acceder a lo que ahora le era pianísticamente imposible, perfeccionando su digitación e interpretación bajo la dirección de un profesor que le exigiera lo que ella no conseguía.

Después de buscar en diarios y revistas y de varias consultas telefónicas, consiguió a uno que conocía lo suficiente de lo que pretendía, que no era caro y que vivía tan sólo a cinco cuadras de su casa.

La primera sorpresa, fue comprobar que Horacio era un hombre de su misma edad y la segunda, que los géneros y compositores que le gustaban coincidían con los suyos. La situación tomó un carácter más tenso cuando el hombre le preguntó como una persona con sus conocimientos musicales recurría a otra para que la obligara a interpretar lo que ella hacía correctamente.

Desconociéndose y casi desdoblándose para asumir lo que estaba haciendo, cohibida pero sin pudores, seguramente por la edad que los hermanaba, le contó las desventuras de los últimos años y cómo pretendía convertir al piano en un sucedáneo de sus reclamos físicos.

Sin demostrar demasiada sorpresa y con esa misma afable indiferencia que muestran los psicólogos, la escuchó atentamente para luego invitarla a sentarse ante el instrumento para que le enseñara sus conocimientos.

Cuando ella comenzó a tocar, temblorosa como una chiquilina ante

su examinador, él fue corrigiéndole la postura, irguiéndole la espalda y modificando la posición de los brazos para luego, parándose detrás de ella, colocar sus manos en los hombros manteniéndola derecha y con los pulgares masajeó los músculos del cuello para que fuera distendiéndose, pero ese contacto aparentemente profesional y aun a través de la tela de la remera, no hizo otra cosa que hacer más evidente la angustia de su necesidad y con un fuerte escozor urgiendo el fondo del sexo trató de proseguir tocando.

Nerviosa por el efecto que esas manos fuertes que poco a poco iban extendiendo el masaje hacia la nuca, a ella le costaba concentrarse en la partitura pero cuando quiso poner fin a la interpretación, él la aquietó con un suave chistido y arrimándola contra sí, dejó que las manos se deslizaran hasta el pecho para envolver sus senos por encima de la ropa.

Trató de desasirse con un brusco movimiento, pero él, estrechándola aun más contra su pelvis e impidiéndole levantarse de la butaca, comenzó un manoseo a los senos. Agarrándole las manos y mientras intentaba desligarse inútilmente del hombre, Rosa sentía como todo su cuerpo temblaba pero ya no de nervios sino de ira.

El profesor parecía desmandado y llevando sus manos hacia la cintura, tomando la parte baja de la remera la alzó rápidamente hacia arriba para terminar de sacársela, obligándola a levantar los brazos por la fortaleza del tirón y, sin darle tiempo a reaccionar, volvió a guiarlas hacia los pechos para, con un simple movimiento, destrozar la débil oposición del menudo corpiño.

Sabiendo que sería inútil gritar pero con todos los años de represión sexual dictados por las monjas desde su misma infancia empujándola, se debatió silenciosamente al tiempo que trataba de cubrir los senos que ningún hombre salvo su marido viera jamás. Sin embargo todo era en vano, porque el hombre era demasiado fuerte para ella y en tanto envolvía los senos temblorosos entre sus manos, le susurraba roncamente que él la haría todo lo feliz que necesitaba y en tanto que incrementaba el sobamamiento, fue acuclillándose detrás para deslizar su lengua a lo largo de la columna vertebral, provocándole un inevitable respingo al tiempo que arqueaba la cintura hacia delante.

Rosa se daba cuenta que con sus estúpidas confianzas había abierto la puerta para permitirle al hombre semejante actitud pero también asumía que, aun teñidos de agresiva prepotencia, el manoseo, las lamidas y besos en su espalda avivaban las ascuas que permanentemente ardían en sus entrañas. Una especie de flash, mezcla de rebeldía y resentimiento parecía iluminar repentinamente su mente y se dijo por qué no permitirselo, habida cuenta de su viudez y sus continuas necesidades, ya que a su edad no tenía que rendir cuentas a nadie de sus intimidades y tal vez esa fuera la última oportunidad que se le presentara.

Sin embargo, un resto de recatada prudencia le aconsejó no entregarse tan fácilmente y aunque ya no intentaba levantarse del asiento, simuló seguir separando las manos de los pechos pero la destreza de Horacio hizo que se apoderara de las suyas para hacer que en conjunto, estrujaran las carnes de los senos.

Siendo esa la caricia inicial de sus cotidianas masturbaciones y habida cuenta de la sensibilidad que poseían los pezones, Rosa

gozaba muchísimo con ella y ahora, multiplicada la sensación por la fortaleza de las manos masculinas, automáticamente sus dedos encerraron entre ellos la excrecencia de los largos pezones y con un hondo suspiro, gruño mimosamente mientras presionaba la mama entre pulgar e índice.

Considerando ese gesto como una aceptación, Horacio hizo girar el taburete en redondo para que la boca buscara los palpitantes senos. Los pechos de Rosa nunca habían sido espectaculares pero tampoco pequeños y los tres partos con sus respectivos amamantamientos les habían otorgado una plenitud que ahora y aunque un tanto marchitos, los hacía caer en pesada comba contra el pecho.

La lengua serpenteante de Horacio caracoleó por esa cuenca que separa los senos para luego rumbear hacia el izquierdo mientras una mano continuaba la tarea de la suya, rascando y estregando la aureola y el pezón. Hacía tantos años que una boca no ocupaba el vértice, que ella creyó desmayar de dicha y apoyándose sonoramente con los codos sobre el teclado, se dispuso a disfrutar de esa mamada.

Virtuosamente, la lengua tremolaba sobre las carnes flojas pero teniendo como objetivo final la superficie amarronada y cubierta de finos gránulos de la aureola, sobre la que se abatió acompañada por los labios ejecutando pequeños chupones. La impetuosidad del deseo reprimido había desbordado la cordura de esa mujer cuyo corto cabello entrecano la ligaba más con la vejez que con esa actitud de gata en celo y su voz enronquecida suplicaba con palabras groseramente vulgares para que el hombre no sólo no cesara de chuparle los senos sino que incrementara su accionar.

Satisfaciéndola y en tanto la mano que retorció la otra mama lo complementaba con feroces pero infinitamente gozosos pellizcos de las uñas, Horacio fustigó duramente al largo pezón cuya altísima sensibilidad la condujera a secretos orgasmos durante el amamantamiento a sus hijos y contemplando como se doblegaba ante esos azotes, puso los labios a succionarlos; cuando ya los ayes angustiosos de Rosa llenaban el cuarto expresándole con una crudeza brutal que nadie hubiera esperado, cuanto la satisfacía aquello, hizo a los dientes ejecutar similar tarea que las uñas, provocando que la mujer le rogara soezmente que la poseyera de una vez.

Previendo que aquello sucedería, él había ido despojándose con su mano libre de los pantalones y el calzoncillo pero, como no estaba dispuesto a hacérsela tan fácil a aquella, deseable sí, pero madurita que se le entregaba de esa manera, se incorporó con la verga entre los dedos al tiempo que atraía a la mujer hacia la entrepierna. Esa era una de sus especialidades, no por la satisfacción que hubiera podido darle a su marido sino por la gratificación final que la degustación de esa cremosidad con gusto a almendras dulces le proporcionaba. Ante esa perspectiva, su boca se llenó de saliva como siempre que el deseo la acuciaba, atrapando con la mano ese fallo que aun no lo era pero que con su aspecto amorcillado prometía serlo prontamente y en proporciones superlativas.

Como siempre, ese tufo que brota de la entrepierna masculina, lejos de ofender su olfato no hacía otra cosa que exacerbar sus más oscuras gulas y las narinas se dilataron complacidas ante lo que para

ella era la fragancia que prologaba una de sus más depravadas e íntimas sensorialidades. Acercando la boca a la cabeza del pene, proyectó la lengua para que, tremolante, enjugara la olorosa película húmeda que casi siempre cubre al órgano masculino; el sabor ácido golpeó la memoria gustativa y el impacto de sentirlo después de tanto tiempo se hizo notar con un intenso escozor en el fondo de la vagina. La esperanza de renovar sentimientos y emociones largamente olvidadas, azuzó su pasión y casi irreflexivamente, acompañó el lambeteo con suaves chupadas de los labios entreabiertos al ovalado glande en tanto que su mano buscaba instintivamente los testículos para acariciarlos en leves sobamientos que arrancaron un complacido ronquido en el hombre.

Esa posición sentada en el taburete se le hacía incómoda por tener que inclinarse demasiado y entonces, sin dejar de complacerlo, fue acucillándose frente a él. Hacía mucho que no se arrodillaba por dos razones; una, porque el dolor en las rodillas la hacía apresurar un trámite al cual le gustaba disfrutar en tiempo y forma y la segunda eran las inevitables marcas que dejaban en su piel que, sensible y blanca, se amoretonaba fácilmente, dejando a la vista de todos la evidencia de sus felaciones.

Decidiendo darse el tiempo y los gustos necesarios, levantó con los dedos al tumefacto pene y la lengua descendió viboreante a lo largo del tronco, degustó en los meandros del escroto esos sabores exquisitos y en tanto manoseaba la verga, de manera incontrolable, ladeó el torso e invirtió la cabeza para llevar su lengua vibrante a escarcear sobre el pequeño tramo del sensibilísimo perineo y luego se internó entre las nalgas a estimular reciamente la negra boca del ano, con tal ímpetu que esta se distendió complaciente para permitirle saborear los agrios humores de la tripa.

Horacio no podía creer el demonio que había despertado en esa mujer y mientras le exigía roncamente que lo chupara de una vez, revolvió cariñosamente la corta cabellera con escasos resabios grisáceos. Dándose un gusto al proporcionárselo al hombre, recorrió inversamente el camino y envolviendo al tronco con los labios desde la misma base, hizo que los dedos realizaran un movimiento envolvente sobre el glande y el prepucio.

Mientras intensificaba la fuerza de los chupones que extendía a toda la barra de carne, estimulaba reciamente la punta del órgano y cuando llegó al surco que cobija el prepucio, puso lengua, labios y dientes a la deliciosa tarea de macerarlo hasta que la gula pudo más y abriendo las mandíbulas que ante esa perspectiva parecían tener la virtud de dislocarse, sacó la lengua sobre la que apoyó la cabeza para ir introduciéndola lentamente a la boca.

El sentir nuevamente entre sus labios la suave piel de una verga, obnubilo de júbilo a Rosa y asiéndola más firmemente con la mano, la metió hasta sentir un principio de náusea marcándole el límite y entonces sí, apretó los labios contra la carne para iniciar un corto vaivén que acompañaba con el prieto anillo que había formado con el índice y el pulgar, en tanto que la otra mano pasaba entre las piernas para, después de estimular los esfínteres anales del hombre, ir hundiendo el dedo mayor en la tripa hasta tomar contacto con el bulto de la próstata, restregándola rudamente.

Su cuerpo todo le hacía desear volver a sentir el sabor inigualable

del esperma y casi sin contemplaciones para con él, chupó, lamió, succionó y rastrilló con los dientes el falo hasta que en medio de los bramidos de Horacio, los chorros espasmódicos del semen estallaron lechosos dentro de la boca que ella continuó sorbiendo y deglutiendo hasta que ya ni una sola gota escapaba del miembro.

Ciertamente, si creía que esa felación había sido todo, estaba completamente equivocada. Evidentemente y a pesar de su edad, el hombre estaba en el apogeo de su virilidad, ya que el miembro no había disminuido un ápice su tamaño ni rigidez y como si aquello fuera el aperitivo que le permitiría degustar mejor los manjares que preveía, ayudándola a levantarse, la condujo hacia un juego de sillones próximos.

Haciéndola sentar en uno individual, la acostó para que su grupa quedara por fuera del borde y, alzándole las piernas para apoyarlas en su pecho, restregó como un pincel la verga contra la entrepierna, estimulándola desde el ano hasta el ahora alzado clítoris.

Con los hombros contra el fondo del asiento y la cabeza apoyada en la parte baja del respaldo, ella sintió como, por primera vez en mucho tiempo, un maravilloso falo iba separando las carnes que la abstinencia había resecado y constreñido y, para su júbilo, la recia carnadura raspaba reciamente la piel, provocando laceraciones y seguramente desgarros pero la sensación era tan inefable que, aferrándose a los brazos que el hombre apoyaba en los del sillón, proyectó su cuerpo para ir al encuentro de tan espectacular verga. Clavándole los verdes ojos que volvían a chispear de alegría y lujuria, con voz que el goce enronquecía, le reclamó en grosera repetición que le penetrara más y mejor para darle ese placer que no recibía desde hacía tanto tiempo y que la rompiera toda. Evidentemente ese era el propósito del profesor, ya que alzándole más los muslos, la penetró en forma casi vertical, haciendo que la verga no solo raspara deliciosamente el bultito del Punto G en la parte anterior de la vagina, sino que traspasaba las tiernas aletas de la cervix para golpear rudamente en el fondo de las entrañas.

El goce era indescriptible y elevando los brazos se asió al borde del respaldo para ayudarse en alzar el cuerpo y sostenida sólo por estos y las manos de Horacio aferradas a sus nalgas, sentía al miembro en su totalidad mientras la pelvis del hombre se estrellaba ruidosamente con los dilatados y húmedos labios de la vulva.

Nuevamente en el fondo del vientre se gestaban aquellos estallidos que revolucionaban su cuerpo y entonces fue que él cesó por un momento en la penetración para hacerla levantar y tomando su lugar, con el miembro en ristre, la dijo que se penetrara con él. Aunque sólo hubiera conocido a un hombre, con su marido se habían dedicado a experimentar distintas posiciones desde sus primeros años de matrimonio que, con el correr de los años perfeccionaran hasta convertirlas en un arte y, esta, era una de ellas.

Apoyando los pies afirmados en el asiento a cada lado del cuerpo del hombre, se aferró al borde del respaldo y flexionando las piernas, fue descendiendo lentamente, restregándose contra la cara, el pecho y el vientre de Horacio hasta sentir como la verga que el sostenía entre sus dedos rozaba la boca de la vagina.

Dando un meneo casi perruno a la pelvis, fue bajando mientras experimentaba la dicha de comprobar que la magnífica verga no

había perdido rigidez. Con los verdes ojos cerrados y los dientes mordiendo los labios inflamados por los que surgían mimosos ayes en los que el dolor no era el motivo sino el placer, fue sintiéndola deslizarse hasta que su vulva se estrelló contra el pelambre masculino y entonces, inició un movimiento combinado que ejecutaba casi como una auto flagelación; a la flexión vertical de las piernas, sumaba un adelante y atrás que alternaba con rotaciones de las caderas en salvaje imitación a una sensual danza árabe.

Verdaderamente, Horacio no esperaba que la viuda fuera a entregársele de esa forma, dejando en evidencia que su comportamiento, aunque hubiera sido en la fidelidad de una cama matrimonial, no tenía nada que envidiar a las prostitutas más depravadas. Decidido a llevarla hasta el límite que ella le permitiera, asió entre sus manos los levitantes senos para someterlos a duros sobamientos que los movimientos de la mujer reforzaban. Acompasándose a la cadenciosa jineteada, llevó su boca a un seno y en tanto los dedos seguían estrujando al otro, la mano restante bajó a la entrepierna de la mujer para restregar en lerdos círculos la carnadura del erecto clítoris.

Los verdaderos orgasmos nunca habían sido frecuentes en ella y generalmente se conformaba con una buena eyaculación que, acompañada por la tibieza del semen, la dejaban satisfecha. El apogeo de su excitación se daba en una combinación de partes, conjugando la extrema exaltación del clítoris que en ella funcionaba como un verdadero pene femenino, con el roce de la verga contra los músculos del canal vaginal que aprendiera a manejar después de cursos de dilatación y contracción en los sucesivos partos y que su marido le ayudara a fusionarlo con la práctica del Tantra y, finalmente, para cerrar el círculo mágico, la estimulación del más que sensible Punto G por la punta del falo.

Esa posición era ideal para que aquello sucediera y en tanto alababa con las más soeces adjetivaciones las virtudes físicas de ese amante no buscado pero felizmente encontrado, sentía como al conjuro de su jineteada, fluían las mucosas fuertemente aromáticas de su sexo para estallar en líquidos chasquidos contra las carnes del hombre. Decidida tanto como él a llevar aquella relación hasta sus últimas consecuencias, salió intempestivamente de esa posición para darse vuelta y parada, con las dos piernas entre las de Horacio, apoyándose en sus rodillas, bajar el cuerpo y repetir la penetración pero esta vez desde una variedad de ángulos que la volvía loca por su diversidad, conforme ella se inclinaba hasta casi tocar las rodillas con la cabeza o se incorporaba verticalmente, dejando que el hombre se cebara en los senos con las manos.

A su edad, la intensidad de esas flexiones la fatigaron pero entonces él colaboró con ella, haciéndola descansar sobre su pecho mientras una de sus manos deambulaba exigente sobre los pezones y la otra estimulaba reciamente al clítoris, haciendo que con su pelvis subiendo y bajando, el falo se hundiera totalmente en la vagina. Realmente, Rosa debía hacer un esfuerzo para recordar una cópula tan satisfactoria en los últimos quince años y el hombre pareció comprender su necesidad de dar expansión a tanta abstinencia. Levantándose del asiento, la condujo hacia el sillón grande pero no a su frente. Haciéndola apoyarse contra el respaldo acolchado, le abrió

las piernas e inclinándole el torso hacia abajo hasta que sus manos tocaron los almohadones de la parte delantera, después de secar el pastiche de su sexo tal vez demasiado reciamente con sus manos, apoyó la punta de la verga en la cavidad que se abría como una exótica flor carnívora cuyos bordes violáceos contrastaban con la palidez nacarada del fondo del óvalo.

Después de masturbarse un poco con sus propias manos para conseguir la rigidez necesaria, Horacio hundió el falo en la vagina hasta chocar sonoramente contra las nalgas e inició un hamacarse que nuevamente iba sacando de quicio a Rosa y ella misma colaboró cuando él le alzó la pierna derecha para que apoyara la rodilla sobre el borde, ampliando así la apertura del sexo.

En esa posición y flexionando las rodillas, Horacio hacía que la verga se moviera aleatoriamente en su interior, con lo que el disfrute era simplemente alucinante, especialmente cuando él fue sacando la verga totalmente y esperando que los esfínteres recuperaran su contracción, volvía a penetrarla aun con mayor fuerza si es que eso era posible.

Casi imperceptiblemente, los dos fueron acomodando sus cuerpos para conseguir cada vez mayor goce hasta que Rosa quedó semi de costado, apoyada solamente en la pierna izquierda y, abrazada con la mano derecha a la nuca del hombre, se sostenía con un pie y la otra mano apoyados sobre el borde del asiento, con lo que las manos de él sobaban reciamente los senos al tiempo que hacía entrechocar las carnes por el violento impulso que daba a sus caderas.

Ya la fatiga llevaba agotamiento a esa mujer que se comportaba sexualmente como cuando tenía veinticinco años y que rogaba al hombre la hiciera llegar al orgasmo lo antes posible y él, en un verdadero arranque de furia, le hizo apoyar nuevamente las piernas abiertas sobre el piso y así, asida con las manos al respaldo, sacó al miembro de la vagina para apoyarlo contra la negra apertura del ano. Aunque no era especialmente afecta a las sodomizaciones, tampoco se había negado a ellas en momentos cúlmine del sexo, pero hacía tantos años - seguramente más de veinte - desde su última culeada, que temía que sus incipientes hemorroides le impidieran soportar ese dolor inevitable que siempre representaba al principio la dilatación de los esfínteres pero que eran los que en definitiva provocaban ese placer único que tiene la sodomía.

Apretando los dientes pero sin poder reprimir hondos ronquidos de dolor, fue sobrellevando el padecer y cuando la cabeza hubo transpuesto la resistencia inicial, la espada flamígera de ese placer inigualable corrió como un rayo por su columna para instalarse en la nuca y desde allí irradiar oleadas sucesivas del dolor-goce que hacía contraer al útero en una respuesta natural e involuntaria del orgasmo verdadero y, llevando sus manos a separar las nalgas como si con ello consiguiera ampliar la apertura de los esfínteres, estimuló a Horacio para que no cesara en ese delicioso martirio hasta no volcar en la tripa la simiente, cosa que él realizó casi prematuramente, bañando al recto con la dulce tibieza de la melosa cremosidad.

Manteniéndose aferrada al respaldo con las manos engarfiadas en el tapizado y en tanto trataba de recuperar el aliento para poder sostenerse por sí sola sobre sus piernas temblorosas, sabía que había encontrado por fin una fuente de placer que revitalizaría los

últimos años de su vejez.

Durante cuatro semanas y de vuelta de cada "clase", se sorprendía a sí misma con la recreación nostálgica de lo que viviera con Horacio, encandilada por el vigor del hombre y de su propia resistencia para lo que le exigía, hasta que un día sucedió algo que no esperaba.

Ya en las tres ocasiones anteriores no habían utilizado el living y se refocilaban en la cama doble del dormitorio donde encontraban el placer del sexo total y esa tarde, mientras permanecía acurrucada sobre el pecho del hombre tras una extenuante cópula, en esa posición tan característica en ella que era colocar una pierna cruzada sobre la pelvis masculina, el roce inequívoco de una lengua recorrió la hendidura dilatada por la postura.

Amodorrada, tardo unos momentos en reaccionar pero al hacerlo, ya dos fuertes manos inmovilizaban las caderas y ante su azorada protesta a Horacio, este se limitó a sujetarla estrechamente contra su pecho al tiempo que le decía que no tuviera miedo y fuera amable con ellos, ya que a su edad, difícilmente tuviera otra oportunidad como esa.

Súbitamente cobraba conciencia de su precipitación al haberse entregado al hombre con tanta facilidad. Aun sabiendo que era inútil, con toda la bronca tana rebullendo en su pecho, trató de desasirse de los hombres pero ya en vano.

Con Horacio sujetando prietamente sus manos y la fortaleza del otro hombre inmovilizándole las piernas separadas, sintió como lengua y labios recorrían exploratoriamente el espacio entre las nalgas, arribaban al ano en el que asomaban los tejidos de una incipiente hemorroides que no le impedía gozar de las sodomías que seguramente fueran su origen y, tras explorar tremolante su sensorialidad, continuaron hacia el perineo y la distendida vagina. Los bramidos junto a los insultos de la mujer parecieron no conmover a los hombres y sí acicatear el deseo de poseerla, ya que mientras la tildaban de vieja puta y Horacio alababa sus virtudes para la felación y la sodomía, sin advertencia previa, el otro hombre apoyó la punta de un falo contra la vagina y empujó hasta hacerlo desaparecer enteramente en el sexo.

Aunque ante eso ella redobló sus insultos y maldiciones más groseras, con la verga ya recorriendo la vagina en un coito de demencial violencia que su sempiterna incontinencia iba transformando en grato, sollozando y jadeando al unísono, se dejó estar en calmada relajación.

Lo más parecido a eso había sido su primera sodomía y la intensidad del recuerdo hizo que involuntariamente su pelvis comenzara a menearse e inconscientes asentimientos sollozantes dijeron a los hombres que ya estaba entregada.

Verdaderamente y a pesar que le costaba admitirlo, el tránsito de la verga era fantástico y comenzaba a sentir como la lascivia de un placer descontrolado comenzaba a invadirla. Encogiendo más la pierna para facilitar el paso del miembro y desasiendo sus dedos de los de Horacio, buscó al tanteo la verga de aquel que, aun fláccida, permanecía tumesciente sobre los testículos.

Ante la caricia, este acomodó su cuerpo para que ella pudiera acceder a su entrepierna, empujando su cabeza hacia la verga. Ya el otro hombre al que él llamó Alberto, estaba dedicado de pleno a

socavar su sexo y en tanto la penetraba con una cadencia más calma, los dedos excitaban con fuertes friegas al clítoris en un comienzo de cópula que a ella se le antojaba sería magnífica. Su habitual concupiscencia codiciosa le decía que, de esa violación que ya definitivamente no podía evitar, debería sacar un provecho que la beneficiara y esto sería posible entregándose sin limitaciones a cuanto quisieran hacerle los hombres; buscando con la boca la verga todavía humedecida por las mucosas de su vagina y restos del esperma masculino, hundiendo la nariz en la olorosa mata velluda, sacó la lengua para iniciar un periplo que la llevaría de ida y vuelta desde el nacimiento del tronco hasta la punta del falo.

Con mansa sumisión y destreza, tomó en la mano al amercillado pene para, inclinándose, tremolar con su lengua en la base del tronco, dejando a los dedos la tarea de realizar movimientos envolventes sobre el glande y prepucio. Su predisposición encantó tanto a Horacio que la alentó para que prosiguiera chupándolo y repentinamente, se dio cuenta que ya no quería satisfacer al hombre sino que ella era quien se regodeaba al jugar con esa verga que, definitivamente, iba adquiriendo categoría de falo y, escarbando con la punta engarfiada de la lengua en la sensibilidad del surco que protegía el prepucio, lo hizo estremecer de goce.

Estaba fascinada por la creciente rigidez de ese miembro que, ya a esa altura cobraba una dimensión que no por conocida era menos tremenda; tras lambetear con insistencia la monda cabeza, los labios fueron enjugando la saliva en breves chupeteos hasta que los labios envolvieron todo el glande, introduciéndolo en la boca hasta que los labios se ciñeron en la flojedad del prepucio y desde allí, inició un corto movimiento de vaivén al tiempo que succionaba hondamente las carnes.

El sabor y tamaño del falo la sacaba de sus cabales y, envolviendo con los dedos al tronco, formó una especie de prolongación a los labios, haciendo que ese conducto imitara a una vagina y así, subiendo y bajando por la verga, cada vez la introducía un poco más en la boca y ya no eran solamente los labios los que se apretaban contra la piel sino que el filo romo de sus dientes la rastillaba cuidadosamente sin lastimarla.

La fatiga que ella sentía por el entusiasmo con que succionaba al pene, le hacían alternar las chupadas con violentas masturbaciones de las manos que se movían de arriba abajo en divergentes movimientos circulares hasta que percibió que estaba por alcanzar su merecido premio.

Tras dar dos o tres largas succiones en la que la punta de la verga alcanzaba su garganta mientras ella meneaba la cabeza de lado a lado al retirarla, comenzó una frenética masturbación al tiempo que la lengua empalada salía de la boca como una alfombra para recibir la eyaculación del hombre que, cuando llegó, lo hizo con abundantes y espasmódicos chorros de esperma que ella se apresuró a contener cerrando la boca para sentirlos golpeando deliciosamente el paladar y deglutir su almendrado sabor.

Diciéndole a Alberto que era toda suya, Horacio se retiró rumbo al baño y entonces, aquel la hizo arrodillarse e indicándole que se apoyara en los codos, volvió a penetrarla hasta que su mata velluda golpeó contra las nalgas. Sin lugar a dudas, esa era una de las más

grandes vergas que soportara su sexo pero ella, apretando los dientes y mientras bajaba la cabeza por el sufrimiento, no sólo abrió más el triángulo de las piernas sino que imprimió a sus caderas un suave meneo y en tanto roncaba rogando por más, subiendo y bajando el abdomen proyectó al sexo contra ese falo que la rompía toda.

Con los ojos cerrados, disfrutó de esa maravillosa cópula hasta que el hombre fue dejándose caer hacia atrás y tomándola de los hombros, la arrastró con él. Comprendiendo lo que quería, fue acomodando sus piernas al tiempo que ejecutaba un corto galope que le hacía sentir toda la reciedumbre de la carnadura.

Ciertamente y aunque no lo expresaba explícitamente, el tránsito de la verga la desmandaba como hacía años y con esa misma lascivia concupiscente con la que se había entregado voluntariamente complacida a las mayores iniquidades, empezó a hamacarse adelante y atrás sin cesar en la jineteada; viendo su entrega apasionada, Alberto fue inclinándola contra su pecho y ella, colocando automáticamente las manos echadas hacia atrás junto a sus hombros, inició un movimiento por el que el falo entraba y salía de la vagina como de una vaina bien aceitada.

El placer era inmenso y Rosa lo manifestaba por la forma en que echaba su cabeza hacia atrás para que el cuello se curvara en un ángulo imposible y en tanto la meneaba de lado a lado, de su boca abierta escapaban por las comisuras hilos de una espesa baba y en ese momento, el contacto de una boca sobre sus pezones le hizo comprender que Horacio había regresado.

Lengua y labios se aplicaron reciamente contra las mamas, fustigando la una y chupándolas reciamente los otros mientras dos dedos excitaban al clítoris para después descender y unirse a la verga en la penetración. La ira y el disgusto de verse tratada como una prostituta cualquiera no la abandonaban pero tampoco podía reprimir la reacción natural de su cuerpo a aquello que practicara vehementemente durante tantos años.

De su boca escapaban ayes y gemidos que no disimulaban su carácter de placenteros y entonces Horacio, enderezándola, la guió para que girara ciento ochenta grados y así, arrodillada, con el torso erecto, reinició la jineteada con tal frenesí que, sin tener conciencia de ello, llevó sus manos a que, la derecha estimulara agresivamente al clítoris y la izquierda buscara el ano para hundir en él parte de su dedo mayor.

Farfulladas palabras de aprobación que surgían espontáneamente de su boca parecieron provocar la reacción de Horacio, quien, empujándole el torso contra el pecho de Alberto, hizo que su grupa se alzara oferente para que él apoyara la ovoide cabeza de su miembro sobre el ano.

Aquello hizo recobrar la cordura a Rosa y quiso oponer una resistencia vana, ya que Alberto aplastándola contra su pecho y Horacio, tomándola por las caderas, cercenaron cualquier intento de huida. Entre sollozadas súplicas y groseras palabrotas, intentó arañar a Alberto pero ya la presencia del falo dentro del recto era inevitable y, rendida pero satisfecha, sintió como la verga empujaba la tripa saliente para hundirse irremisiblemente en toda su extensión.

Sus gritos ahogados por la mano de Alberto, se convirtieron en un

jadeante sollozar hipante mientras sentía que el falo volvía a proporcionarle aquella mezcla de dolor-goce que disfrutara tanto en otros tiempos. Cuando las dos vergas se rozaron a través de las delgadas paredes, los hombres iniciaron un lento coito en el que se alternaban entrando y saliendo pero, progresivamente, hicieron coincidir los miembros para que, simultáneamente, la masa de ambos destrozara deliciosamente sus carnes.

A pesar del martirizante sufrimiento, la memoria emotiva y muscular hacía que reaccionara como no quisiera haberlo hecho y, en tanto meneaba y balanceaba el cuerpo en mudo asentimiento, su boca buscó angurriente la del hombre.

Los tres ya estaban empeñados en la cópula bestial y por un rato se entregaron a ella hasta que la verga que albergaba el ano saliera de él para, despaciosamente, dilatar hasta lo imposible los esfínteres vaginales y hundirse junto a la otra en el sexo.

Ya no hubo gritos ni maldiciones, solo el sordo llanto de la humillación acompañó la monstruosa cópula hasta que los hombres volcaron en ella la tibieza de su esperma.

Seguros de que en su cuerpo no quedarán huellas de la violación, los hombres la acompañaron al baño para que la ducha limpiara todo vestigio de saliva, semen y flujos. Con toda la bronca de esa vil degradación golpeándole en el pecho, ella misma se encargó de eliminar todo rastro de lo que pudiera conectarla con ellos y, después de secar rápidamente su corto cabello, se vistió para salir del departamento con la vulgar invitación de los hombres a volver cuando quisiera.

Ya en la tranquilidad de su casa, examinó detenidamente su cuerpo sin hallar en él la menor huella de semejante atrocidad pero también se dijo y aceptó que, como le dijeran los hombres, a su edad, difícilmente volvería a vivir una situación semejante que, no obstante esa sensación de furia por la humillación de ser mancillada de esa forma sin tan siquiera consultarle si quería ser partícipe voluntaria, había disfrutado tan intensamente como ella misma no se creía capaz.

A su pesar y para no poner en riesgo su virtud de ama de casa y madre, no hizo caso de la invitación de Horacio y Alberto, poniendo fin a aquellas clases que, definitivamente, extrañó por tanto tiempo como había extrañado la presencia de su marido.

Distrayéndose con los quehaceres de la casa, ya enorme para ella sola y acrecentando la atención a sus hijas, trascurrieron los días y los meses, pero las necesidades físicas le hicieron rescatar lo que allá, en el fondo de su mente y cuerpo, palpitaba con la consistencia de lo presente y nuevamente cayó en la auto satisfacción.

El sólo trajinar de sus manos comenzó a hacérsele insuficiente y transgrediendo sus propios escrúpulos, recurrió experimentalmente a sucedáneos cotidianos, comenzando por una gruesa zanahoria a la que luego de lavar concienzudamente cubrió con vaselina para introducirla cuidadosa y temerosamente a su sexo.

Verdaderamente, tuvo que admitir que, sin tener el volumen de una verga, el fruto le proporcionó una sensación muy parecida y la obtención de un orgasmo tan profundo como placentero. De esa manera dejó pasar los días con una plenitud que asombraba a

propios y extraños por la luminosa beatitud en todos sus actos. De ocasionales, aquellas penetraciones fueron haciéndosele tan necesarias como exiguas, su cuerpo cebado en tantos años de sexo pedía por más y ella decidió darle satisfacción no ya con un perecedero fruto sino con la variedad inmensa de grosor y largo que le propuso en la fiambrería la presencia insoslayable de los embutidos.

Salamines, cantimpalos, longanizas y otros chacinados comenzaron a llenar su despensa y ya, dejando a un lado los horarios, obedeciendo únicamente al mandato de sus reclamos hormonales, los fálicos sustitutos de los que ella se protegía forrándolos con preservativos, comenzaron a ser habitantes indispensables de su vagina.

Transcurrido un año, el uso indiscriminado de aquellos embutidos que progresivamente fueron creciendo en largo y grosor en respuesta a sus necesidades cada vez más acuciantes, le hizo ver que, justificadamente, precisaba que un hombre, fuera de la manera en que fuera, volviera a satisfacerla.

Ya lo sucedido en el departamento de Horacio no le parecía tan terrible y secretamente ansiaba que la situación se repitiera. Estuvo dubitativa por unos días pero finalmente se decidió y llamó por teléfono; sin hacer referencia a nada y a su pedido de reiniciar las “clases”, Horacio le dijo con su habitual cortesía, que los miércoles a la cuatro de la tarde era un buen horario para hacer un nuevo intento. Ella no había creído que esa aceptación fuera a vivificarla de semejante manera y aprovechando los dos días que faltaban para el encuentro, fue al salón de belleza para cortar su cabello casi tanto como un varoncito, hacerse un depilación dolorosa pero necesaria a la que agregó por primera vez la eliminación total del entrecano vello púbico que la envejecía aun más y un cuidadoso recorte y pintura de sus uñas en manos y pies.

Al mediodía del miércoles, se hundió en un tibio baño con sales perfumadas y tras vestirse cuidadosamente pero sin la utilización de ropa interior, caminó despaciosamente las pocas cuerdas que la separaban del placer.

Toda su eufórica efervescencia se vino abajo cuando Horacio, tras recibirla cariñosamente con un delicado beso en la boca, la condujo al living donde había una mujer a la que le presentó como su esposa. Recurriendo a su mayor hipocresía, ensayó una de sus luminosas sonrisas para besar en la mejilla a Amalia, como ella misma se presentó.

Sin embargo, su decepción debió de ser tan evidente que el matrimonio estalló en risas mientras él le explicaba que su mujer estaba al tanto del tipo de “clases” que le estuviera dando y que también había querido participar. Azorada porque la mujer estuviera de acuerdo en protagonizar un trío, la inquietud la paralizó, pero Amalia la sacó de su turbación para tomarla cariñosamente de la mano y conducirla al dormitorio.

Rosa jamás había estado con una mujer ni siquiera en las más alocadas fantasías a las que recurría cuando se masturbaba con los embutidos y así se lo hizo saber a la pareja, pero tranquilizándola, la mujer le dijo que recién participaría cuando fuera el momento y ella estuviera preparada.

En el entendimiento tácito de que ya eran grandes y todos sabían para que se encontraban allí, sin gentilezas ni exhibicionismo, el matrimonio comenzó a desvestirse y cuando la mujer lo hizo por el simple acto de desatar el nudo de su bata bajo la cual estaba absolutamente desnuda, Rosa pudo comprobar que Amalia, que aparentaba ser más joven que ellos, lo confirmaba por la sólida morbidez de sus carnes; los pechos macizos eran grandes pero no tanto como para caer desagradablemente sobre el abdomen sino que mantenían una firme comba. Ese abdomen, levemente musculado conducía a una pelvis en la que resaltaba el abultamiento de la vulva y dando sustento a los redondos y prominentes glúteos, las piernas mantenían un aspecto macizo, sin aparente celulitis.

Observando la forma inquisitiva con que la miraba, la mujer le hizo un mohín cariñoso por el que la invitaba a la cama para luego sentarse en un pequeño sillón que estaba al lado de la cama, repantigándose en él.

Aun con la vista puesta en Amalia y casi maquinalmente, dejando claramente en evidencia que no había ido a tocar el piano, ella se había ido desprendiendo del flojo pantalón negro y la nueva remera roja que comprara especialmente la tarde anterior, Estándolo él y viéndola ya desnuda, Horacio la condujo a la cama y, acostándose boca arriba, le dijo cómicamente que hiciera de él lo que quisiera; avariciosa después de tanto tiempo, ella se ahorcájó sobre su vientre y buscándole la boca con ávida gula, hostigó con su lengua tremolante la de Horacio. Aunque la verga se encontraba apenas tumefacta, el sentirla rozando su sexo la exacerbó y comiéndose la boca del hombre en tanto meneaba la pelvis contra la entrepierna para hacer cobrar tamaño al falo, fue deslizandole la boca por el cuello para luego buscar en el pecho las tetillas y en una mezcla de succión con mordisqueo, las martirizó durante unos momentos.

Habiéndose colocado de través en la cama, Horacio facilitaba que su mujer fuera espectadora privilegiada de ese sexo y a su vez, Rosa podía observar como aquella, con la mirada perdida en la pareja, colocaba una de sus piernas sobre un brazo del sillón para, abriendo desmesuradamente la otra, someter a lentas y meticulosas caricias todo su sexo en tanto la otra mano sobaba recia y lentamente los senos.

El espectáculo de ver a una mujer masturbándose no sólo la fascinaba sino que profundizaba la intensidad de su propia calentura. Sin quitar la vista de los dedos rascando el interior de la vulva, se acomodó entre las piernas abiertas de Horacio y levantando la elástica morcilla de la verga, la metió entre los labios golosos. No imaginaba como sentir nuevamente a un miembro masculino descansando en la alfombra de su lengua iba a trastornarla de esa manera e introduciéndolo totalmente, lo sometió al vapuleo de la lengua que lo fustigaba, empujándolo para que quedara a merced de sus muelas o al filo de los dientes. Poco a poco, la verga iba transformándose en un falo y ya su volumen hacía imposible que la mantuviera dentro; entonces, encerrándola entre el círculo prieto de sus labios, comenzó a mover la cabeza en un lento y cadencioso ritmo que terminó de endurecerla.

Su objetivo no era llevar al hombre a una pronta eyaculación y sí

alcanzar la rigidez definitiva con la que penetrarse; con la boca haciendo nido en el surco que protege al prepucio y el anillo de sus dedos índice y pulgar sobre el tronco, inició con la primera un vaivén que la llevaba desde la grieta hasta la punta del glande y con el segundo, una masturbación que iba desde la misma base hasta chocar con sus labios.

Observando obsesionada a Amalia que hacía maravillas con los dedos en sus pechos y sexo, cuando consideró que el priapo ya tenía la rigidez necesaria, se acaballó sobre la pelvis de Horacio y tomándolo entre sus dedos, fue descendiendo el cuerpo hasta sentirlo rozando la entrada a la vagina.

Con un mínimo meneo lo hizo recorrer el interior de la vulva, desde el clítoris hasta el mismo agujero y conseguida la lubricación precisa, fue bajando lentamente, sintiendo gratamente como el falo iba distendiendo los músculos anquilosados. Después de tanto tiempo, era maravilloso experimentar el roce de esa verga llena de venas y anfractuosidades destrozando los tejidos resecos. Sin embargo, la vista de lo que la otra mujer realizaba en su sexo y pechos mientras observaba con ávida lujuria lo que ella hacía con su marido, no hizo sino exacerbarla y poniendo fin a la lerda introducción con un brusco movimiento, se penetró hasta que el falo golpeó contra el fondo de la vagina.

Verdaderamente, sentir la verga dentro de sí la ofuscó e imprimiendo a sus rodillas una morosa flexión, inició un galope que le hacía sentir toda la reciedumbre masculina mientras, imitando a Amalia, sobaba y estrujaba entre los dedos los mustios senos; expresándole toda la incontinencia de su lúbrica impudicia, Amalia buscaba afanosa sus ojos y cuando ella, como si recibiera un secreto reclamo, se inclinó apoyando las manos a cada lado del cuerpo de Horacio para iniciar una jineteada que él complementaba con recios rempujones desde abajo, la mujer introdujo tres dedos a su vagina en tanto que con la otra mano restregaba en círculos al inflamado clítoris.

Esa posición por la que la verga entraba y salía de su sexo como por un conducto natural, la enloquecía y motivada además por lo que Amalia parecía ejecutar en su honor, extendió los brazos hasta que las manos estuvieron muy por encima de la cabeza del hombre y así, rozando su cuerpo con los senos, se dio tan violento empuje que la verga parecía horadar deliciosamente su cuerpo.

Con la provocativa mirada de Amalia compeliéndola a ser aun más ruda, se empeño en una enloquecedora cópula en la que el hombre no alcanzó su eyaculación pero ella sí encontró el precoz premio de un magnífico orgasmo.

Al caer desfallecida en la cama mientras los bendecía por tan grandioso acople, él la arrastró hacia el borde de la cama y arrodillándose sobre la alfombra, le hizo encoger las piernas para que apoyara los pies sobre sus espaldas y entonces comenzó una tan fantástica minetta que ella no podía dar crédito a tanto placer.

Apoyándose en los codos para observar como él le hacía sexo oral, se encontró nuevamente con sus ojos que derramaban lujuria mientras observaba como Amalia complementaba el trabajo de los dedos con la introducción de un curvado consolador, al tiempo que alegraba su rostro con un amplia sonrisa de complicidad.

Rosa estaba encantada por lo que Horacio hacía en su sexo con

boca y dedos, pero sintiendo un ansia irrefrenable por vivir aquello con lo siempre soñara pero jamás se atreviera a exteriorizar, le reclamó tiernamente a la mujer que se uniera a ellos. Esta parecía estar esperando que fuera ella quien tomara esa decisión y llegando a su lado, se arrodilló sobre la cama en tanto los invitaba a imitarla. Seguramente esa era una rutina que el matrimonio practicaba asiduamente pero como para Rosa era una absoluta novedad, dejó que ellos la acomodaran en el centro de la cama para colocarse, él detrás y Amalia delante.

En ese delicioso “sangüichito”, las manos y boca de Horacio recorrían su espalda, nalgas y muslos, en tanto Amalia, haciéndole disfrutar de una experiencia inédita, hundía su boca angurriente en la suya al tiempo que sometía a los senos al acariciante sobar de sus manos.

Nunca sus ansias habían sido tan intensas por conocer algo desconocido y en tanto respondía a los besos compitiendo con ella en el estrujamiento mutuo a los senos, les rogaba y exigía que la hicieran experimentar lo que nunca en su vida.

Sin dejar de besarla y en tanto su “profesor” exploraba la canaleta entre las nalgas, separándolas con ambas manos para colocar en su ano el urticante contacto de la lengua tremolante, la otra mano de la mujer bajó para tantear primero y restregar después la sensible erección del clítoris ya vapuleado por la lengua su marido.

Rosa se sentía en el mejor de los mundos, sumergida en un paraíso de sensaciones desconocidas y exquisitas. Entonces, la pareja fue variando en las posiciones hasta que Horacio fue quien quedó en el medio y, en tanto Amalia se entregaba a una sonora sesión de besos mientras acariciaba su torso, casi como en un mandato natural, Rosa se inclinó entre sus piernas para buscar con una mano la verga semierecta y abriendo la boca, la alojó en su interior

Modificando su posición en forma imperceptible para Rosa, sin dejar de jugar en la boca de su marido, Amalia fue deslizándose una mano por su espalda y aprovechando que el estar arrodillada la obligaba a alzar la grupa, llevó los dedos a lo largo de la hendidura y así como Horacio lo hiciera con la lengua, estimuló con la yema del dedo mayor la dilatación anal para luego y cuando Rosa sometía al hombre a una fenomenal chupada, ir hundiendo lentamente todo el dedo en el recto.

Exultante por recibir tanto placer de una manera totalmente inesperada, fue recordando cuando con su marido, sumergidos en la vorágine sexual en la que se hundían durante los primeros veinte años de matrimonio, fantaseaban con la posibilidad de integrar a otra mujer.

Ahora era otro matrimonio el que la incorporaba a ella y aunque a su edad ya no tenía la elasticidad física como para corresponder a exigencias como las que Luis la sometía, incrementó el accionar de sus dedos en la masturbación en tanto se abría más de piernas, pidiéndole a Amalia que la sodomizara con dos dedos.

Tal entusiasmo pareció motivar a la pareja y luego de unos momentos en que Horacio se dejó caer en la cama, la mujer la guió para que se ahorrajara sobre la cabeza del hombre. Cuando aquel le abrazó los muslos para manejar su cuerpo y hacerlo descender hasta que la vulva rozara su boca, Amalia tomó igual posición al tiempo que

introducía en su sexo la verga de Horacio y, tomándola por la cintura, acercó sus cuerpos hasta que los pechos se tocaron, iniciando un meneo de costado por el que los senos se estregaban deliciosamente.

Con toda dedicación, el “profesor” se enzarzó en una magnífica minetta que acompañaba con un restregar de un pulgar al clítoris mientras el de la otra mano entraba y salía del ano dilatado por los dedos de su mujer, al tiempo que esta, en tanto la besaba con desatada lujuria, hacía que sus dedos se posesionaran de los largos pezones de Rosa para retorcerlos con incruento pero sublime placer. Besándose y agrediendo mutuamente sus senos e inmersas en esa bienhechora felicidad que les proporcionaba el hombre sometiéndolas con boca, dedos y miembro, se dejaron estar hasta que Amalia, quien parecía ser el cerebro de ese dúo, la hizo modificar su posición para que, con los pies en la alfombra y, de espaldas a Horacio, bajara el cuerpo para que ella introdujera el pene en su sexo.

Apoyada con ambas manos sobre las rodillas del hombre, Rosa recibió jubilosamente al rígido fallo y en tanto iniciaba un moroso hamacar, las manos de Amalia, que ocupara su lugar para que Horacio realizara en su sexo lo mismo que a ella con dedos y boca, se inclinó para atraer su torso y sus dedos jugaron frenéticamente en los senos desde atrás. Luego de unos minutos en los que Rosa expresó con entrecortados jadeos la felicidad que le estaban dando, una de las manos descendió hacia la entrepierna a estimular reciamente al clítoris hasta que los jadeos de Rosa se transformaron en ayes y gemidos en los que proclamaba el próximo advenimiento de su orgasmo, haciendo que la pareja renovara sus esfuerzos y cuando este llegó impetuosamente a conmover su vientre, liberando la catarata de la satisfacción plena, la recostaron amorosamente en la cama para que descansara.

Las figuras borrosas por las lágrimas de felicidad que inundaban sus ojos de esos amantes que tan viejos como ella, eran capaces de hacer disfrutar a una mujer que no se había privado sexualmente de nada, no sólo la conmovían por la expectativa de lo que pudiera depararle en el futuro, sino que la compelia en ese instante a seguir disfrutando de ese sexo loco y cuando terminó de explicárselos en un balbuceo que entrecortada el cansancio, la exuberante Amalia, se dedicó a secarla enteramente con la sábana superior, desde el nacimiento del cortísimo cabello en la frente hasta sus piernas relucientes de transpiración.

Luego y así como estaba, la arrastró hasta el borde la cama y apoyándole las piernas en el piso, las separó para arrodillase entre ellas y conducir la boca a tomar un nuevo contacto con su sexo.

Como desde siempre, el sexo oral sacaba de quicio a Rosa y acomodando ella misma el cuerpo, atrajo la cabeza de Amalia al tiempo que le pedía, con esa familiaridad única que tienen las mujeres entre sí para la grosería, que la chupara toda y la masturbara hasta hacerla acabar nuevamente.

Satisfaciéndola, Amalia extendió la lengua para llevarla a recorrer todo el sexo. Ese lento periplo, por lo profundo y minucioso, irritaba los nervios de la “alumna”, que la miraba acodada sobre las húmedas sábanas, incitándola soezmente a satisfacerla con mayor vigor pero,

cuando su mentora comenzó a chupar con brutal energía al clítoris y los colgajos de los labios menores al tiempo que con una mano la penetraba con un consolador hasta que la ovalada punta siliconada golpeó contra al entrada al cuello uterino, se dejó caer hacia atrás mientras asentía repetidamente que así era como quería ser poseída. La mujer manejaba con maestría ese falo que superaba al de su marido pero, al tiempo que Rosa expresaba su histérico entusiasmo golpeando y asiendo entre los dedos las sábanas como si quisiera rasgarlas, sin dejar de someterla, fue trepando a la cama para luego colocarse invertida sobre ella en silenciosa incitación a protagonizar un sesenta y nueve.

Al aceptar ese trío, Rosa había dado por descontado que en algún momento eso debería suceder pero a pesar de su larga y hasta perversa trayectoria sexual, tan sólo había fantaseado con esa posibilidad, más como una bravata que un verdadero deseo; ahora y en tanto sentía a boca y consolador dándole una satisfacción inédita, tenía ante sus ojos la dilatada raja de una carnosa y monda vulva que irremisiblemente seguía descendiendo conforme la mujer abría más las piernas y, para su asombro, la tufarada de esa íntima fragancia propia de las mujeres, no sólo no la disgustó ni le produjo repulsa sino que actuó como un disparador de un nuevo e irrefrenable deseo por saber que se sentiría al tenerla en su boca. Rodeando con sus brazos las caderas de Amalia, se asió a las firmes nalgas y levantando la cabeza, envió la lengua a explorar los oscuros bordes de los labios mayores por cuya leve dilatación se entreveían los frunces rosados de los menores. El contacto con ese sabor al que suponía conocer por haber degustado muchas veces sus dedos al término de una masturbación, no tenía similitud con lo acremente marino de sus jugos, sino que conllevaba un resabio a almendras, casi tan apetitoso como el semen.

Ciegamente tentada por ese gusto, puso a tremolar la lengua para recorrer el abombado montículo, recibiendo en compensación la apertura de los labios que iban descorriéndose como un carnoso telón, enseñándole lo maravilloso de un espectáculo que conocía por haber visto el suyo a través de un espejo pero nada se comparaba con esa realidad; el oscuro exterior servía de marco para destacar lo intensamente rosado del interior y los labios menores, abundantes y fruncidos, no adquirían la apariencia de colgajos como los suyos y en cambio se extendían frondosos a ambos lados de un óvalo iridiscentemente rosáceo, extendiéndose hacia arriba para formar el rugoso capuchón bajo el que se cobijaba a medias un largo clítoris que la sorprendía por su sólida consistencia y, hacia abajo, rodeaban en delicados pellejos la entrada al sexo.

Aspirando embriagada los aromas de las flatulencias vaginales, llevó la lengua a recorrer ondulante todo el perímetro para después concentrar, irremisiblemente atraída por él, los azotes sobre esa carnosidad que se erguía desafiante como un pequeño pene. Hacerlo la conmovió de tal manera que, prendiéndose aun más fuerte de las nalgas, rodeó al clítoris con los labios para succionarlo en frenéticos chupones que hicieron a la mujer animarla, en tanto ella redoblaba los esfuerzos de su boca en el suyo mientras aceleraba la penetración del falo artificial.

Rosa perdió todo control de sí misma y por unos momentos se

evadió de la realidad para sumirse en el oscuro tiovivo del placer: Apenas tuvo conciencia de que Amalia la hacía rodar sobre el lecho para quedar debajo de ella y fue recién cuando Horacio la hizo parar sujetándola por las caderas, que recobro parte de su cordura. Resollando como una bestia en celo y fatigada por el delicioso esfuerzo, sintió como él la hacía arrodillar sobre el borde y que Amalia volvía a acomodarse debajo de ella para que no cesara en sus succiones, cuando Horacio apoyó el miembro que había vuelto adquirir rigidez con la masturbación sobre el cerrado agujero anal y empujó.

Aparte de esas mínimas penetraciones de los dedos minutos antes, hacía tiempo que esa verga no se introducía al ano y los esfínteres comprimidos unidos a esa avanzada hemorroides que sangraba diariamente, no hacían grata la introducción de la verga, pero su calentura era tal, especialmente por lo que Amalia hacía con el consolador y la boca en su sexo desde abajo, que pidiéndole al hombre que la culeara pero sin violencia, elevó las piernas de la mujer para poder alcanzar mejor toda la zona erógena.

Verdaderamente y si fuera dable que alguien lo presenciara, semejante cópula constituía un espectáculo formidable, con Horacio firmemente plantado en sus piernas flexionadas y sodomizando a la incontinente mujer, quien a su vez realizaba un vigoroso sexo oral sobre la otra mujer que hacía lo propio mientras la penetraba con un largo y grueso consolador.

Rosa no cabía en sí misma por la felicidad que encontraba en esa doble penetración mientras ella se refocilaba con angurria en el fantástico sexo de la mujer y sintiendo nuevamente en sus entrañas la gestación de lo que inevitablemente culminaría en un orgasmo, cegada por la pasión, introdujo dos dedos en la vagina de Amalia al tiempo que el pulgar de la otra mano penetraba el ano de la mujer. Así enredados en esa bestial cópula, se prodigaron unos a otros hasta que el cansancio y las eyaculaciones fueron vencéndolos para caer desmadejados en un amasijote brazos y piernas, pero antes de sumirse en el amodorrado letargo de la satisfacción, Rosa agradeció porque en los últimos días de su vejez pudiera disfrutar de un sexo al que muchas mujeres más jóvenes tal vez no accederían nunca.